

«Campamento indio» de Ernest Hemingway. Versión en castellano y reflexiones críticas.

Raúl Eduardo Narváez*
Universidad de Buenos Aires
Argentina

Enfoque de la versión

La naturalidad siempre ha constituido una meta obligada del acto de traducir. Según Peter Newmark (1988) todo traductor ha de concentrarse primariamente en dos cuestiones esenciales, a saber, «(a) *that your translation makes sense; (b) that it reads naturally, that it is written in ordinary language, the common grammar, idioms and words that meet that kind of situation*» (p. 24) [(a) que la traducción tenga sentido; (b) que suene natural, que se encuentre escrita en lenguaje corriente, y que se utilicen la gramática, expresiones idiomáticas y palabras de uso común para esa clase de situación]. En la versión de «Campamento indio» que se ofrece, estos aspectos recibieron especial observancia.

El objetivo de la construcción de sentidos que permitiera producir una versión fiel al original implicó tener que penetrar en los vínculos establecidos por los personajes dentro de los mundos que los identifican. De ahí que el enfoque obligó a la integración de aportes propios del ámbito de la psicología. Se remite, por ejemplo, a nociones básicas que sobre evolución del psiquismo ofrece J. Piaget, sobre tipos psicológicos C. G. Jung, el consciente e inconsciente Sigmund Freud y el Gran Otro J. Lacan.

* Doctor en Lenguas Modernas con Especialidad en Lengua Inglesa por la Universidad del Salvador (USAL); Traductor Público en Idioma Inglés por la Universidad de Buenos Aires (UBA); Profesor en Inglés por el Instituto Superior «Jesús María» (A-85). Correo electrónico: ranarvaez1945@gmail.com

Ideas, III, 3 (2017), pp. 279-291

© Universidad del Salvador. Escuela de Lenguas Modernas. Instituto de Investigación en Lenguas Modernas. ISSN 2469-0899

«Campamento indio» de Ernest Hemingway. Versión en castellano.

A la orilla del lago había otro bote listo. Los dos indios esperaban.

Nick y su padre se ubicaron en la popa del bote y los indios, empujándolo, lo alejaron de la orilla y uno de ellos se subió para remar. Tío George se sentó en la popa del bote del campamento. El indio joven, empujándolo, alejó de la orilla el bote del campamento, subió y comenzó a remar para transportar a Tío George.

Los dos botes partieron en medio de la oscuridad. Nick podía oír el ruido de las horquillas del otro bote que iba mucho más adelante en medio de la neblina. Los indios remaban con golpes rápidos y discontinuos. Nick iba recostado, con el brazo de su padre rodeándolo. Hacía frío en el lago. El indio que los llevaba remaba con mucha energía, sin embargo, todo el tiempo el otro bote iba mucho más adelante en medio de la neblina.

—¿A dónde vamos, papá? —preguntó Nick.

—Al campamento indio. Hay una señora india muy enferma.

—Ah —dijo Nick.

Cuando llegaron al otro lado de la bahía, vieron el otro bote sobre la orilla. Tío George estaba fumando un cigarro en medio de la oscuridad. El indio joven arrastró el bote por la playa. Tío George les dio cigarros a los dos indios.

A pie se alejaron de la playa. Atravesaron una pradera húmeda, empapada de rocío, siguiendo al indio joven que llevaba un farol. Después, ingresaron en los bosques y siguieron por una senda que conducía al camino que habían abierto derribando árboles y que volvía a internarse por las colinas. Había mucha más claridad en este camino porque habían cortado los árboles a ambos lados. El indio joven se detuvo y apagó el farol de un soplo y todos siguieron por el camino.

Llegaron a una curva y se les apareció un perro ladrando. Más adelante se veían las luces de las chozas en las que vivían los indios peladores de corteza. Se les abalanzaron más perros. Los dos indios los hicieron volver a las chozas. En la choza más cercana al camino había luz en la ventana. Una anciana parada en la entrada esperaba sosteniendo un farol.

Adentro, en una cama cucheta de madera, estaba acostada una india joven. Había estado intentando dar a luz durante dos días. Todas las ancianas del campamento la habían estado ayudando. Los hombres se habían alejado de allí para sentarse a fumar en el camino en medio de la oscuridad fuera del alcance del ruido que hacía la mujer. Ella dio un grito en el momento en que Nick y los dos indios entraron en la choza detrás de su padre y de Tío George. Estaba acostada en la cucheta inferior, muy grande debajo de un acolchado. Tenía la cabeza hacia un lado. En la cucheta de arriba estaba su marido. Tenía un corte muy serio en el pie. Se lo había hecho con un hacha tres días atrás. Estaba fumando una pipa. Había muy mal olor en la habitación.

El padre de Nick ordenó que pusieran agua al fuego y mientras se calentaba habló con Nick:

—Esta señora va a tener un bebé, Nick —dijo.

—Ya sé —dijo Nick.

—No sabés —dijo el padre—. Escuchame. Lo que le está pasando son los llamados dolores del parto. El bebé quiere nacer y ella quiere que nazca. Todos sus músculos están tratando de que el bebé nazca. Eso es lo que pasa cuando grita.

—Entiendo —dijo Nick.

Justo en ese instante, la mujer lanzó un quejido.

—Oh, papá. ¿No podés darle algo para que deje de dar alaridos? —preguntó Nick.

—No. No tengo ningún anestésico —dijo su padre—. Pero sus alaridos no tienen importancia. No los oigo porque no tienen importancia.

El esposo que estaba en la cucheta superior se dio vuelta hacia la pared.

La mujer que estaba en la cocina hizo una seña indicándole al médico que el agua estaba caliente. El padre de Nick fue a la cocina y echó en una palangana aproximadamente la mitad del agua de la enorme olla. En el agua que quedó en la olla puso varias cosas que tenía envueltas en un pañuelo.

—Esto tiene que hervir —dijo mientras empezaba a lavarse las manos, refregándolas en la palangana de agua caliente, con un jabón que había traído del campamento.

Nick observó las manos de su padre, las restregaba con el jabón. Mientras su padre se lavaba las manos con mucho cuidado y a fondo, habló.

—Ves, Nick, se supone que los bebés nacen de cabeza, pero algunas veces no ocurre así. Cuando no ocurre así, dan mucho trabajo a todos. Tal vez tenga que operar a esta señora. Lo vamos a saber en un ratito.

Cuando quedo satisfecho con sus manos, entró y se puso a trabajar.

—¿Corré el acolchado hacia atrás, por favor, George? —dijo—. Prefiero no tocarlo.

Después, cuando comenzó a operar, Tío George y tres indios sujetaron a la mujer para que no se moviera. Ella mordió a Tío George en el brazo y Tío George dijo, —¡Puta india de mierda! — y el indio joven que había remado el bote en que iba Tío George se rio. Nick sostenía la palangana para colaborar con su padre. Todo llevó mucho tiempo.

Su padre sacó al bebé, lo levantó y le dio una palmada para hacerlo respirar y se lo entregó a la anciana.

—Mirá, Nick, es un varón —dijo—. ¿Te gusta ser practicante?

—Está bueno —dijo Nick. Miraba en otra dirección para no ver lo que hacía su padre.

—Bien. Así es —dijo su padre y puso algo en la palangana.

Nick no miró.

—Ahora —dijo su padre— faltan las puntadas. Podés mirar esto o no, Nick, como quieras. Voy a coser la incisión que hice.

Nick no observó la operación. Había pasado mucho tiempo desde que su curiosidad había desaparecido.

Nick llevó la palangana a la cocina.

Tío George se miró el brazo. El indio joven sonrió al recordar lo ocurrido.

—Te voy a poner un poco de agua oxigenada ahí, George —dijo el médico.

Se inclinó hacia la india. Estaba tranquila ahora y con los ojos cerrados. Se la veía muy pálida. No sabía qué había sido del bebé, nada.

—Voy a volver por la mañana —dijo el doctor, poniéndose de pie. La enfermera de St. Ignace ha de llegar aquí cerca del mediodía y va a traer todo lo que necesitamos.

Se sentía agrandado y conversador, como los jugadores de fútbol en el vestuario después del partido.

—Esto es para el boletín médico, George —dijo.

—Hacer una cesárea con una navaja y coserla con líder de tripa de 9 pies de diámetro graduado.

Tío George estaba apoyado contra la pared mirándose el brazo.

—¡Ah, sos un grande, sí un grande! —dijo.

—Habría que darle un vistazo al orgulloso padre. En general, son los que más sufren en estos asuntitos —dijo el doctor—. Debo decir que él se portó muy bien.

Corrió hacia atrás la colcha que cubría la cabeza del indio. Al retirar la mano, estaba húmeda. Se apoyó en el borde de la cucheta inferior con el farol en una mano y miró. El indio estaba con la cara vuelta hacia la pared. Tenía la garganta atravesada por un tajo de oreja a oreja. La sangre había formado un charco en la parte de la cama hundida por el cuerpo. La cabeza descansaba sobre el brazo izquierdo. La navaja abierta, con el filo hacia arriba, estaba entre las frazadas.

—Sacá a Nick de la choza, George —dijo el doctor.

No hubo necesidad de hacerlo. Nick, que estaba parado a la puerta de la cocina podía ver perfectamente bien la cucheta superior cuando su padre, farol en mano, llevó hacia atrás la cabeza del indio.

Empezaba a aclarar cuando a pie se dirigieron hacia el lago por el camino de abierto entre los árboles.

—Estoy muy, pero muy arrepentido de haberte traído, Nickie —dijo su padre. Ya había desaparecido toda su alegría post operatoria—. Fue un desastre hacer que estuvieras ahí.

—¿A las mujeres siempre les cuesta tanto tener un bebé? —preguntó Nick.

—No, eso fue algo muy, muy excepcional.

—¿Por qué se mató él, papá?

—No sé, Nick. No pudo soportar lo que ocurría, supongo.

—¿Son muchos los hombres que se matan?

—No muchos, Nick.

—¿Muchas mujeres sí?

—Casi nunca.

—¿Nunca?

—Ah, sí. Algunas veces sí.

—¿Papá?

—¿Sí?

—¿Dónde fue Tío George?

—Ya va a aparecer.

—¿Es difícil morir, papá?

—No, creo que es bastante fácil, Nick. Todo depende.

Se sentaron en el bote, Nick en la proa, su padre remaba. El sol ya se asomaba por las colinas. Un róbalo saltó formando un círculo en el agua. Nick

metió la mano en el agua siguiendo la estela. Estaba tibia en el penetrante frío de la mañana.

Al amanecer, en el lago, sentado en la popa del bote junto a su padre que remaba, Nick sintió plena seguridad de que él nunca moriría.

Reflexiones críticas

Las reflexiones críticas demandaron tener que ahondar en el tejido textual para, de ese modo, poder construir especulaciones válidas. El enfoque reveló, en especial, la clara determinación que ejercía el capital cultural en las actitudes vinculares de los personajes.

Escenario – Espacio de la Subcultura.

La acción se desarrolla en un campamento indio estadounidense, que separado por un lago, una vez en tierra, se llega a él por senderos que sólo los nativos de aquel lugar conocen.

Esa es la realidad fenoménica que se presenta al lector. La superficie de un cosmos al que no pertenecen el Doctor Adams, su hijo Nick ni tampoco Tío George. De ahí que la travesía esté a cargo de los aborígenes desde el comienzo. Remando, los transportan en dos botes hasta la otra orilla del lago. A pie, los conducen por los caminos que llevan a aquel ámbito de lo ajeno. Hasta aquí, los aborígenes se nos revelan como líderes naturales del entorno.

Sin embargo, apartándonos de la ingenuidad, comprobamos que las cosas no son tan simples y transparentes como parecen. Advertimos que una vez en la choza se producen desplazamientos bien marcados. Por un lado, la actitud del doctor ha sufrido un quiebre. Se ha investido de un acentuado etnocentrismo que no pasa desapercibido. Por el otro, el liderazgo de los aborígenes, aparentemente, ha prescripto. Ahora es el médico quien ha tomado el control de la escena. Es evidente que los integrantes del grupo no están ante lo nuevo o desconocido como creíamos. Todo lo contrario. Sienten que no han hecho otra cosa que ponerse en contacto con el mundo de la subcultura o tal vez, con el de la contracultura. Esa perspectiva confiere homogeneidad al grupo y, a la vez, intensidad a los contrastes.

Cada detalle confirma la actitud descripta. A la mujer embarazada, por ejemplo, la habían estado ayudando «todas» las ancianas del campamento, comenta el narrador como al pasar. Sin embargo, es justamente ese breve

comentario el que pone de manifiesto la postura que se señala. «Todas» esas mujeres, símbolo de la sabiduría de aquel ámbito, al que los recién llegados consideran de la subcultura, no pudieron dar solución a lo que rápida y eficazmente soluciona una sola persona, un solo hombre blanco, no una mujer, proveniente del mundo de la cultura. Según Ortega y Gasset (1967), el libro «desestancó el saber de la memoria y acabó con la autoridad de los viejos» (p. 96). El prestigio de los ancianos de las comunidades como la del cuento radica precisamente en representar la sabiduría depositada en la memoria, que en las sociedades avanzadas la aporta el libro y la tecnología de punta.

El grupo de hombres de blancos y el de aborígenes

El accionar del Doctor, de Nick y de Tío George constituye, en realidad, el símbolo de la masculinidad del mundo de la cultura del hombre blanco. Resulta fácil comprobarlo. Ningún hombre aborígen ha intervenido en aquella circunstancia por el simple hecho de considerarla de neta pertenencia al ámbito femenino. Sin embargo, curiosamente, es un hombre quien aporta rápida solución operativa a las complicaciones del embarazo. Lo hace con el soporte del conocimiento científico que el campamento no posee pero al que tampoco confiere sincera confianza.

Si las cosas son como se las infiere, no puede dejar de surgir, entonces, la inquietud de querer saber quién solicitó al Doctor Adams que se acercara a aquel distante micro-espacio para tomar a su cargo las complicaciones de un embarazo que demandaba una cesárea. La incógnita resulta insondable. Sólo la especulación subjetiva puede llegar a otorgarle respuesta factible. ¿Habría sido Tío George?

Nick y Tío George permanecen en el lugar sea ayudando, sea observando. Los otros hombres, los del campamento, los considerados de la subcultura, en cambio, se han alejado del lugar. Con seguridad, el objetivo fue evitar el contacto o la participación directa con un escenario que en principio no les pertenece por género y al que vislumbran, probablemente, como fatídico. Tal vez por indefensión o por sentirse desorientados, inconscientemente, ante la fuerte presencia del etnocentrismo, optan por el escapismo. No se los ve drogándose o embriagándose. Nada de eso. Sólo se han alejado. Están fumando, sentados en la soledad de un camino. Sin embargo, la apariencia pretende engañarnos una vez más. El cigarro, al igual que el alcohol y los estupefacientes, se sabe con los aportes de la psicología, sirve de velo momentáneo para cubrir realidades no deseadas, la inseguridad personal o algún otro estado psíquico emocional intolerable. En el tabaco, los aborígenes han encontrado un meca-

nismo de defensa para el alivio. Les permite negar la realidad del displacer. Sin embargo, las conductas defensivas son sólo técnicas cuya finalidad única es la de recuperar el equilibrio homeostático perdido o amenazado. Son sólo eso, técnicas de ajuste o adaptación que no resuelven el conflicto instalado sino que sólo lo regulan en sus tensiones.

El cigarro estaría, entonces, haciéndoles olvidar, alucinadamente, el poder perdido, el falo perdido o, en otras palabras, un insoportable sentimiento de castración. Expulsan de la consciencia las representaciones penosas mediante la represión y envían lo reprimido al inconsciente. Resta plantearse qué formación reactiva o sustitutiva sobrevendrá a esa instancia. Cómo retornará lo reprimido, siguiendo su tendencia de volver a la consciencia, para lograr una satisfacción aquietante. La conversión somática, la rebeldía expresa, la fobia, el desplazamiento en los sueños, serían algunas formaciones factibles.

Finalmente, si todo es como se lo describe, en realidad, lo herido es el capital social o cultural, «los contenidos colectivamente inconscientes» de los que habla Jung (1985, p. 258). Tal vez, lo descripto sea simplemente la expresión implícita de que ellos nada tienen en común con el etnocentrismo instalado en el ámbito que les pertenece. Es así, entonces, como asistimos a la concentración de dos grupos irreconciliables, el de los hombres blancos en la choza y el de los aborígenes en el camino.

Nick

Nick es un niño lanzado a participar de experiencias que lo tensionan. Por su edad, no puede afrontarlas sino con desasosiego. Todas pertenecen al mundo de los adultos, de la gente madura y, por ende, extrañas a la etapa de su desarrollo psíquico.

Durante la travesía por el lago es presa de un evidente sentimiento de inseguridad y aprensión. Es lo que permite inferir su conducta, que a la vez trasluce lo que sucede en su consciente. Como todo niño, probablemente, siente que en medio de la oscura soledad están solos, a merced de la naturaleza y de aquellos aborígenes, que para ellos son netos representantes del mundo de la subcultura.

Perturbado por ese sentimiento, busca protección y la encuentra. Su padre lo lleva abrazado durante la travesía por el lago. Sin embargo, aparentemente, su angustia no desaparece en su totalidad. Los sonidos del silencio le permiten inferir que su tío, que va en el otro bote, no está cerca de ellos.

Así se lo indica el chirrido de las horquillas para los remos. A pesar de que este reconocimiento acentúa la sensación de aislamiento, el hecho de estar ubicado en la contemplación le impide expresar verbalmente lo que siente. Las circunstancias externas y sus disposiciones internas lo muestran como un introvertido dominado por el pensamiento y el sentimiento de temor.

Pero, ¿qué justificará someterse a tanto riesgo? Nadie le ha informado sobre el motivo de aquel viaje. Está claro que la incertidumbre lo mortifica. Como su deseo de saber se acentúa a medida que avanza el recorrido decide, entonces, preguntar. Las respuestas que recibe no le satisfacen o le resultan incomprensibles.

- ¿A dónde vamos, papá? —preguntó Nick.
- Al campamento indio. Hay una señora india muy enferma.
- Ah —dijo Nick.

Durante la travesía adopta el rol de observador meticulado; durante el parto, el de asistente. Colabora con su padre, pero su interés por la observación se ha disipado.

- Mirá, Nick, es un varón, —dijo—. ¿Te gusta ser practicante?
- Está bueno —dijo Nick—. Miraba en otra dirección para no ver lo que hacía su padre.
- Bien. Así es —dijo su padre y puso algo en la palangana. Nick no miró.
- Ahora —dijo su padre— faltan las puntadas. Podés mirar esto o no, Nick, como quieras. Voy a coser la incisión que hice.
- Nick no observó la operación.

Ya de regreso y a solas con su padre en el bote, nuevamente, se comprueban modificaciones actitudinales. Nick se ha alejado del tipo introvertido. Ha adoptado la actitud propia del extrovertido. Se muestra preocupado por los temas prácticos de la realidad. Indaga. Lo hace con un nivel expresivo racional, propio del estadio de las operaciones concretas que describe Jean Piaget (1990, pp. 61-92). Sus planteos surgen uno tras otro a continuación de cada respuesta.

- ¿A las mujeres siempre les cuesta tanto tener un bebé? —preguntó Nick.
- ¿Por qué se mató él, papá?
- ¿Son muchos los hombres que se matan?

Ante las preguntas, el padre, el Gran Otro de referencia, pierde la seguridad que ostentaba hasta ese momento. Sus devoluciones no satisfacen las expectativas de Nick y tampoco las del lector. Contienen arrepentimiento, desconocimiento, impresión y, además, el inconsciente deseo de que Nick vuelva a la etapa anterior de su desarrollo psíquico, el pre-operatorio. Es lo que permite inferir el uso del hipocorístico Nickie.

—Estoy muy, pero muy arrepentido de haberte traído, Nickie —
dijo su padre. Ya había desaparecido toda su alegría post operatoria.
—Fue un desastre hacer que estuvieras ahí.

Finalmente, surge un tema angustiante, el de la muerte. El relato termina con la referencia a que Nick se siente seguro de que él nunca morirá.

Al amanecer, en el lago, sentado en la popa del bote junto a su padre que remaba, Nick sintió plena seguridad de que él nunca moriría.

A lo que asistimos, en realidad, es al rechazo del destino común de los hombres. Nick se niega a aceptar lo que un mundo al que no pertenece le expuso despiadadamente. La etapa de su desarrollo psíquico impide esa aceptación. Las complejidades filosóficas o religiosas que implican el tratamiento de la mortalidad son remotas a los intereses de los niños y, al igual que para los adultos, causantes de angustia o malestar.

Sin embargo, en este punto es necesario subrayar que Nick no presencié un caso de muerte natural. De haberlo sido, la respuesta a su planteo, tal vez, podría haberse logrado con mayor facilidad recurriendo a concepciones biológicas, entre otras posibles, por ser su padre médico. Lo que presencié fue el suicidio de un hombre perteneciente al mundo que consideran de la subcultura, un ámbito con el que ninguno de ellos, representantes del etnocentrismo, siente afinidad o cercanía. Este reconocimiento resulta congruente con el hecho de que ni el Doctor ni Tío George hayan dado mayor relevancia al tema. Tampoco se la otorgaron al estado de salud de la india una vez concluido el parto. Es así como exponen, sin proponérselo, el bloqueo de su capacidad de ver o sentir la presencia del otro a partir de sus necesidades peculiares.

La postura de Nick, en cambio, es otra. Quiere saber y para eliminar sus dudas, pregunta. Los niños generalmente preguntan al Gran Otro sobre el tema de la muerte cuando enfrentan la de un ser querido o de un animal.

Nick, por el entorno natural en que se mueve, con seguridad, ya ha vivido la experiencia de ver animales muertos en múltiples ocasiones. Entonces, lo que tanto lo angustia no es la muerte en sí misma sino el suicidio. De ahí que su pregunta se dirija específicamente a esa cuestión.

— *¿Por qué se mató él, papá?*

— No sé, Nick. No pudo soportar lo que ocurría, supongo.

— *¿Son muchos los hombres que se matan?*

— No muchos, Nick.

El hecho de estar en plena etapa de socialización hace que se sienta solidario, que se ponga en el lugar del otro y que de ahí desarrolle su potencialidad de empatía. Sin embargo, ya es tarde para la ayuda. Lo único que puede hacerse ahora es preguntar.

— *¿Es difícil morir, papá?*

— No, creo que es bastante fácil, Nick. Todo depende.

El diálogo, en verdad, muestra a Nick como un niño consciente de la irreversibilidad de la muerte. Por ese motivo, extraña la referencia a que siente que él nunca morirá. Tal vez, su seguridad surja por haber sufrido la regresión que su padre anhelaba. Sea por el motivo que sea, lo que queda claro es que su negación de la muerte no es más que la expresión de su temor a ella y que atraviesa lo que la psicología denomina angustia de los ocho años. Teme que alguno de sus padres, amigos o que él mismo pueda morir en cualquier momento. Para escapar de ese temor, que se le presenta como indócil, una vez más busca la defensa. En este caso, no la encuentra en El Gran Otro. El alivio se lo otorga la negación. Eso, morir o suicidarse, le sucede a otros, no a él.

Llegados al final del relato, puede afirmarse que el cuento no hace otra cosa que mostrar un viaje exterior que permite realizar un viaje hacia el interior de los personajes. Asimismo, hacia el reconocimiento de que la existencia del humano consiste en ser un ser para otro ser. Nadie, ningún «yo» podrá escapar a la presencia inevitable del otro. Somos seres sociales y gregarios y, por ende, en toda relación social el otro no puede darse como objeto sino como sujeto.

Referencias

- Delval, J. (1998). *El desarrollo humano*. Madrid: Siglo XXI.
- Hall, C. (1983). *Compendio de Psicología Freudiana*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Jung, C. (1985). *Tipos Psicológicos*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Newmark, P. (1988). *A Textbook of Translation*. Nueva York: Prentice Hall International.
- Ortega y Gasset, J. (1967). *Misión del Bibliotecario y otros ensayos afines*. Madrid: Revista de Occidente.
- Piaget, J. (1990). *Seis estudios de psicología*. Barcelona: Editorial Ariel.